

Los bares de mi niñez y mi juventud.

Es complicado hablar de bares de mi infancia y mi juventud porque, como es natural, no era cliente habitual hasta que empecé a tener cierta edad. Y esos son los años en que salí de Bocairent y solo regresaba a casa de mis padres en vacaciones.

Pero, pese a los vacíos temporales, recuerdos sí que tengo, y muchos.

Y quizás el más querido por lo especial del local y las peculiaridades del propietario era el bar de Domingo.

Domingo tenía montada una pequeña industria de embotellado de sifones, a la que acudía con frecuencia a cambiar los vacíos por otros llenos.

Pero Domingo también tenía un bar que era mi lugar favorito para tomar unas cervezas. Y lo era por el ambiente del local en el que nos sentíamos como en casa. Domingo era un hombre parco en palabras, tampoco su hijo Juan utiliza más de las necesarias, con una personalidad y una manera de ser muy especial. Tan especial que ni siquiera se llamaba Domingo. Muchos años después averigüé que su verdadero nombre era Anastasio

Nunca nos servía más cerveza de la que convenía y, en ocasiones, cuando queríamos repetir una ración de sus famosas habas hervidas o cualquier otra cosa ~~le~~ le picar+ del día, y le quedaba pocas, nos decía que no, alegando que vendrían otros clientes que también le pedirían.

Domingo tenía aspecto serio, poco dado a la proximidad, pero siempre nos trató con corrección, hasta puede que con un cierto cariño. Era un bar en el que entraban todo tipo de clientes y todos se sentían cómodos. Un lugar para tomar unos vinos o unas cervezas con algo que las acompañara, y, sobre todo, para conversar.

No hace falta que pierda el tiempo describiendo el local. Basta con que os asoméis al actual ~~Bar Sifó~~ Bar Sifó, en San Roc, porque apenas ha cambiado con el tiempo.

Para mí el Bar Sifó, al que sigo llamando Casa Domingo, es un lugar especialmente entrañable en mis recuerdos, y uno de los favoritos de mis hijos cuando van a Bocairent, por lo que tiene de auténtico, y por el valor añadido de la calidad de su cocina casera.

Solbes era otra cosa. Bar de la clase media bocairentina, definiendo como clase media a los trabajadores de las empresas textiles de la época, era un lugar bullicioso, con muchos ambientes dentro de lo que era el local principal. Estaban las mesas de mármol donde los hombres se jugaban el honor y la

consumición jugando dominó, o las que tenían tapetes verdes, donde arriesgaban algunas perras en el monte subastat+y otros juegos de azar.

También tenía una mesa de billar en la que se jugaban partidas clásicas, y otras de apuestas que consistían en colocar un plato pequeño, de los que se usan con las tazas de café con leche, en centro de la mesa, y pequeñas figuritas, como peones de ajedrez, estratégicamente colocadas sobre la superficie. Se jugaba con las tres bolas clásicas, pero si durante la partida se derribaba alguna de las figuritas, el infractor debía pagar una penalización que depositaba en el plato. Al final, el ganador se llevaba todo el dinero.



Y claro, aparte de los jugadores de cualquiera de las disciplinas del lugar, estaban los mirones. Mirones activos que participaban de las partidas como si



fueran cosas suya, criticando con vehemencia a los que lo que lo hacían mal y alabando a los que lo hacían bien. Había que llegar pronto para coger plaza en alguna de las partidas, pero los mirones siempre tenían un sitio. El paradigma de disfrutar sin riesgos.

También había un pequeño reservado donde jugaban a las cartas jugadores que buscaban más intimidad.

He conocido a varios Solbes atendiendo al mostrador, y a varias de sus mujeres trajinando en la cocina. Uno de ellos, siendo yo muy niño, era Eustaquio Antonio Solbes Pérez, y se merece una mención especial. Miembro como toda su descendencia, de la comparsa de Marroquies, polifacético, constructor de las famosas Mahomas+de las fiestas de Moros y cristianos, y, su faceta menos conocida, cronista amateur de los hechos más relevantes de Bocairant, que iba anotaba en su libreta.

En ella describe con toda precisión el aforo de la plaza de toros, detallando el número de asientos por fila, relaciona natalicios y defunciones de su familia, y anota hechos significativos de la memoria de Bocairant. Su último apunte es de enero de 1960, cuando yo tenía 18 años y acababa de ingresar en el Cuartel

de Instrucción de Marinería de San Fernando. Se puede consultar en la web de Aculliber, ¹.

Recuerdo que el bar, como otros de la época, disponía de una bomba situada en la pared, que aportaba agua de **Seltz** a un grifo del mostrador.

El local era más grande que el actual, porque perdió parte de la superficie cuando se construyó la finca adyacente en dirección al monasterio.

Sobes no era uno de mis bares de joven porque, realmente, no era el mejor ambiente para nosotros, pero sí que lo es en la actualidad, especialmente por la amistad tradicional con Antonio, ahora jubilado, y por lo variado de sus tertulias, en las que se discute de todo y se cuestiona cualquier cosa, menos los fallos del Valencia CF, que siempre debería ganar o haber ganado.

El bar si que está muy reformado. Ahora es mucho más actual, aséptico y funcional, pero, que quieren, siempre recordaré el antiguo, con sus colecciones de billetes de banco y otras curiosidades colgadas en las paredes.

El **Bar de Chimo**, también era otra entidad en aquellos tiempos. Posiblemente fue el primer restaurante de Bocairent, y disponía de algunas habitaciones para alojar a los escasos transeúntes. Casi tenía categoría de hotel, y su comedor tenía fama en la comarca.



Situado estratégicamente en la plaza del mercado, entonces centro neurálgico del pueblo, frente a la posada y el Ayuntamiento, el bar de Chimo era parada obligatoria de los visitantes que venían a realizar gestiones de cualquier tipo, y muy especialmente, los sábados por la

mañana, día de mercado, y en las noches de danzas. Como lo es ahora.

Tampoco era un bar de jóvenes y no solíamos frecuentarlo como clientes, pero algunas veces lo hice con mi padre. Recuerdo la figura de Joaquín, con el que mi padre tenía una buena amistad, acodado en la barra o sirviendo a algún cliente, y de su mujer, Teresa, asomándose de vez en cuando desde la cocina.

El local se ha modernizado, pero tampoco ha sufrido grandes transformaciones. Es como era, o casi como era.

1

<http://www.aculliber.com/v3/index.php?id=218&q=solbes&nr=10&v=lista&cl=&i=Documentos&si=Titulo&p=1>

Otro bar de éxito era el de **Victoriano Beneito**, el suegro de Juanjo %fonda+, situado en la plaza del mercado, junto a la primera %casa Chimo+, pero nosotros no lo frecuentábamos porque era para personas %más mayores+



Casa **Conca**, en el %Carrer Macarro+, era pequeñito y alternaba los servicios propios de un bar,

desde la barra de madera, con la venta de bebidas y de algunos productos de alimentación de los de salir del paso.



Poco hay que decir del bar. Entraba gente que compraba y gente que consumía, pero lo que tiene de especial para mí es que el bar de Conca, el abuelo de mi amigo Eladio Molina, era visitado casi todos los días por mi padre y por Jaime Calabuig, en una época que tuvieron muy buenas relaciones

personales.

Y así era también el local de Vicente Garrigós Gisbert, **Pompa**, situado enfrente de la tienda de Linares, en el Ravalet. Servicio de bar, venta de bebidas, y de algún artículo para cubrir fallos en las casa del vecindario.



Y después está **El casino**, %el casino de ls rics+, que merece una aclaración porque no era un negocio privado. Se trataba de una sociedad que publicó su reglamento el 7 de abril de 1931, con la firma de los siguientes nombres: Francisco Beneyto, Sixto Belda, Demetrio Casa, Francisco Pascual, Manuel Asencio y Juan Puerto².

Este reglamento tiene un curioso prólogo que empieza diciendo %Allá por el año 1880, varios jóvenes de buen humor entre los que predominaba la

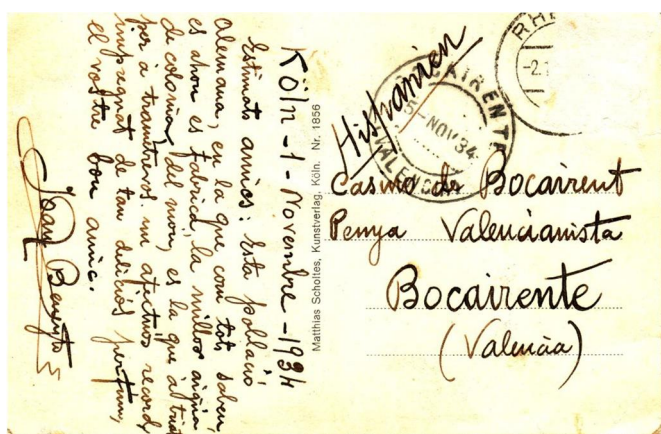
2

<http://www.aculliber.com/v3/index.php?id=1210&q=Reglamento,%20estatuto,%20ordenanza&nr=10&v=lista&cl=&i=Documentos&si=Tema&p=1>

representación genuina de las familias mejor acomodadas del pueblo, formaron en la localidad un centro recreativo (sigue)+y que en su artículo 3 dice que "...estará terminantemente prohibido en sus locales las polémicas políticas y religiosas..."

El Artículo 4 concreta que no se permitirá la entrada a quien no sea socio +, pero exime de esta prohibición a los forasteros que estén de paso en la población uno o varios días, no excediendo estos de quince +

Por el tipo de socios que la componían, es seguro que el Casino fue testigo de negocios, intrigas y confabulaciones, pero también de grandes amistades y de excelentes iniciativas. No quiero extenderme porque no es el caso, pero José Llorca publicó una postal de Joan Beneyto, sellada en Köln el 1 de noviembre de 1934, y dirigida a la Peña Valencianista. La dirección de destino era el Casino de Bocairent+



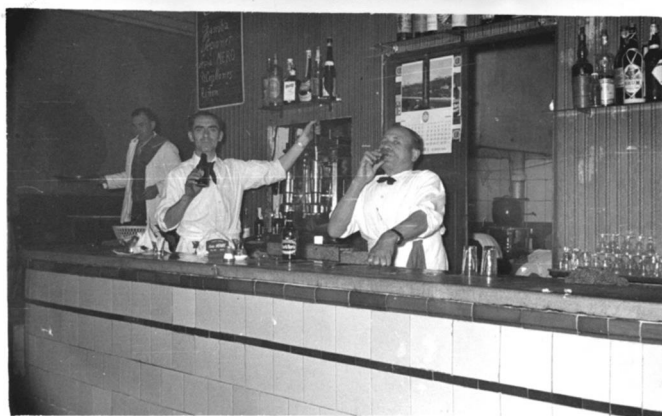
Y no se trataba de una peña del Valencia CF, el último destino de la planta baja.

Josep Daniel Climent, en su libro *Enric Valor. Estudi i compromís per la llengua* cita la robada a Alacant de 13342, y dice en primer lloc convé destacar-ne l'editorial, que amb el títol «A Alacant» re' exionava

sobre el signi, cat de la participació de les terres del sud valencià en els actes de la Setmana Cultural. Per això subratllava que «esta Setmana ha marcat un moment de maduritat».

Y más adelante De fet, el dia 29 arribaven a Alacant en autobusos i cotxes particulars més de dues-centes persones que procedien de València, Castelló, Xàtiva, Alcoi, Bocairent o Algemesí, que lluien «gran nombre de banderes nacionals valencianes i repartien profusament fulles de propaganda valencianista».

Cierro las citas y regreso a la narración original.



La planta baja del bar, realmente estamos en Bocairent, y ahora las dos alturas, separadas, son planta baja, pero entonces solo se accedía desde

Obispo Miró, era un local rectangular con mostrador alto y corrido, paralelo a la fachada principal, altillo a la izquierda y escalera de acceso al primer piso a la derecha. Estaba amueblado con mesas de mármol rectangulares y redondas, con patas de hierro, sillas y butacas corridas en las paredes laterales, y salón congestionado por el humo de tabaco y el olor a sepia a la plancha. Puedo asegurar que en las noches de invierno, puertas y ventanas cerradas y cristales empañados por el frío del exterior, había veces que no se distinguía bien el otro extremo del salón.

¡Tiempos aquellos en los que no nos moríamos por esas cosas!

Era el lugar de reunión de empresarios locales del textil, de titulares cualquier otro negocio, y de esa población que vivía en la tierra de nadie, entre ~~los~~ rics+ y ~~los~~ pobres+ según el argot de la época de la sociedad bokairentina: administradores, funcionarios de ayuntamiento, encargados de fábricas, etc.,

El casino estaba atendido, controlado, y regido por Rosario y Angelita, dos hermanas que llevaban el negocio con orden y autoridad y que, por tratarse de una sociedad, eran empleadas de sus clientes.

Rosario era una mujer extrovertida y visceral que ponía firmes a los clientes si infringían alguna norma, y que, ya lo he dicho otras veces porque me hacía mucha gracia, no dudaba en advertir en voz alta a la ~~chica~~+de la película de que el galán llevaba aviesas intenciones. Lo hacía gritando desde la parte alta del cine Avenida y, lamentablemente, la chica no solía hacerle caso y pasaba lo que pasaba.



Pero toda su exuberancia en gestos y palabras no lograba enmascarar el hecho de que Rosario era una buena persona, muy capaz de demostrar afecto y cariño, como hizo conmigo y con toda su clientela durante toda su vida. La última vez que la vi, hace dos o tres años y en la puerta de su casa, había envejecido, pero sus ojos conservaban la fuerza y la luz de sus años mozos.



Angelita era más discreta, más agraciada físicamente y, posiblemente, con más carácter que su hermana.

Yo iba de niño acompañando a mi padre, y algunas veces, ya como consumidor independiente, siendo joven.

Lo que sí que visitamos con frecuencia fue su salón del primer piso. Diáfano, con butacas bien tapizadas y mesitas donde se podía jugar al ajedrez, con su mesa de billar y, sobre todo, con sus estanterías llenas de revistas antiguas, especialmente de Blanco y Negro. Era un lugar muy especial para mí. Como de otra época.



Casa Corea, en Sant Roc, era otra cosa. Local no muy grande, con mostrador y humo, grande toneles al fondo con grifos de madera para dispensar vino, y mesas para la clientela. Yo nunca lo frecuenté como cliente del bar, pero sí que iba con mucha asiduidad a que me rellenaran de vino las botellas de cristal que usábamos para ese menester.

Por lo que recuerdo, casa Corea a era el lugar frecuentado por los agricultores y por el personal más humilde del pueblo. Y la palabra humildad no la utilizo en sentido peyorativo, me refiero a las personas que trabajaban en oficios varios de menor cualificación, los que no pertenecían a colectivos determinados, y los que no se encuadraban en los diversos estamentos y capas sociales del pueblo.



Su clientela era alegre, de risa fácil y, por lo poco que recuerdo, era clientela de tertulia, de hablar y reír. No les recuerdo jugando a las cartas ni al dominó.

Según me han contado, los últimos años lo frecuentaba por un público más joven, y ofrecía, entre otras cosas, patatas al horno que asaban el antiguo horno de José María, que estaba situado en el mismo edificio del bar.

Era habitual ver en la calle unos toneles llenos de vino o vermut, calzados con piedras para que no rodaran cuesta abajo hacia el tinte de los Vañó. Aunque la picaresca es la picaresca y parece que algunos niños levantaban los tapones y bebían algo de licor sorbiéndolo con cañas %del Riberet+.

Y como nota exótica, estaba el bar de la **piscina del Tint**, acomodado en una oquedad de la roca desde la que se apreciaba parte del pueblo medieval, la zona de la Ajub, y por otra



parte dominaba los tolls del río Clariano y presentaba una imagen extraordinaria de la sierra de Mariola, con el cementerio y el pont del Riveret al otro lado del río.

El clímax, los días de gloria de los bares grandes era las fiestas de Moros y Cristianos cuando, por nuestra suerte, no teníamos televisión, y las

comparsas preparaban diversiones de calle a base de canciones festeras, alguna de las cuales llegaron a ser clásicas, o espectáculos de hacer reír, como el famoso Circo Maravillas, los instrumentos de caña de Solbes, y otros similares.

Parte del espectáculo estaba en la calle entre acto oficial y acto oficial, pero si hacía frío, llovía, o nevaba, todo el mundo se refugiaba en los bares más grandes, en los que casi era imposible moverse y respirar. Tan imposible como mantenerse al margen de lo que estaba pasando y no participar en los cantos y las bromas.

Quiero dejar claro que cuando defino los grupos sociales que iban a uno u otro bar, no quiero decir que los bares fueran excluyentes. Ni mucho menos. Se podía ver industriales en Solbes o a tejedores en el Casino, pero lo cierto es que cada uno de ellos tenía su hábitat particular en los diversos bares del pueblo.

Por lo que recuerdo, el bar de Chimo era el menos previsible. Digamos que era territorio neutral

¿Y que se consumía? Era una época en la que los bares con cocina servían sepia a la plancha y algunas modestas exquisiteces de la época, como el hígado frito, por ejemplo, pero los consumos más frecuentes eran gambitas saladas, aceitunas, berberechos en vinagre, que entonces eran muy baratos, habas, callos, panc en seba, embutidos o productos de la tierra y papas, muchas papas, Esas papas que traía de Alcoy Toni de Muro todos los días en esos singulares recipientes de metal que las conservaba como recién hechas.

El progreso se llevó por delante al agua de seltz que servían en los bares antes o después de casi todo, los sobres de litines que vertíamos en la botella de

agua con tapón y que agitábamos antes de beberla, o las gaseosas con las que nos obsequiaban las señoras mayores y las madres de nuestros amigos. Y si el agua del vaso se había sacado del pozo casero, que todas las masías y algunas casas del pueblo lo tenían, era el colmo de la frescura.

No lo lamento porque la vida sigue y, en muchos aspectos, para mejor, pero, desde luego, no cambiaría mi vida por otra, ni creo que los bares de ahora, tan higiénicos, tan limpios, donde no se puede fumar ni escupir, por los de mi juventud.

Porque es mi obligación decir que no todo era bueno y bonito. Recuerdo muy bien, y no son buenos recuerdos, las escupideras de los bares.

Lamento recordarlo, pero ahí estaban, estratégicamente situadas en las esquinas. Unas más lujosas y otras menos, según el nivel del local, pero muy visibles.



Seguro que me he dejado algún bar, y no es porque fueran menos importantes en la cultura y la historia de Bocairent, porque todos lo han sido, desde el Casino hasta Casa Corea. Si no los recuerdo es porque no los visitaba y, como suelo decir, yo no pretendo escribir reseñas históricas. No me documento. Solo escribo recuerdos e impresiones, que pueden idealizar o deformar la realidad, pero que son eso, mis recuerdos.

.

Parte de las fotografías las he conseguido de internet, publicadas por Pepe Llorca y otros bocairentinos. Otras me las han entregado familiares de los citados en el artículo.